

La Rana Roja



La Rana Roja dedica este número a LA Crítica Literaria actual en México; el texto de Martré figura también en el número 35 de la revista literaria “Tema y Variaciones de Literatura” publicada por la UAM-Azc.; El motivo de este adelanto obedece al hecho al parecer ineluctable de que el compañero Martré alzará los tenis pronto y no desea dejar nada en el aire. Además del texto de Martré está otro formidable de René Avilés Fabila y otro más de Roberto Bravo.

No duda su Consejo Editorial, que este número será acogido por sus numerosos lectores no tan sólo con beneplácito, sino con alegría desbordante.

LOS CRITICOS ME DAN RISA

Por Gonzalo Martré



En México y en pleno siglo XXI no existe una crítica literaria seria. Y en la segunda mitad del siglo XX, tampoco la hubo. Hay escritores como René Avilés Fabila y Bernardo Ruiz que alegan rotundamente que no existió ni existe crítica literaria. Ni sería ni en broma. Claro que eso es llevar la duda al extremo, pero vale la pena profundizar.

¿Quién mejor que los autores para definir la existencia o inexistencia de la crítica literaria?

Asomémonos a la crítica literaria a la mexicana. Pero antes hagamos una pequeña diferenciación necesaria entre los críticos y los reseñistas: críticos son aquellos que escriben ensayos de más de 15 páginas sobre algún libro de poesía o de narrativa de reciente aparición. También son críticos los que hacen lo mismo sobre la obra entera de algún poeta o narrador del pasado lejano, del pasado inmediato o del presente. Los críticos suelen publicar sus trabajos en revistas de literatura y luego, reunirlos en un libro. No hay muchos de estos en México y su revisión todavía aguanta una subdivisión en dos o tres categorías. Dejémoslo para

adelante.

Vamos con los reseñistas. ¡Estos sí que abundan! Para comenzar, un elevado porcentaje de poetas y narradores que comienzan a hacer sus pininos se creen obligados a opinar doctamente sobre los libros de reciente aparición. Como que no les gusta meterse con los libros probados por el tiempo. Así se despachan lo mismo un libro de 15 páginas (mejor dicho una plaqueta) que otro de 500 páginas en tan sólo dos cuartillas. Estos reseñistas de nuevo cuño no aguantan el paso del tiempo y con el curso de los años olvidan sus ansias críticas y se dedican a su quehacer literario. Normalmente publican sus reseñas en revistas marginales y jamás las reúnen en un libro. Las reseñas así resultantes son casi siempre de una petulancia insufrible y de una falta asombrosa de sustancia. En suma, son reseñistas aficionados que pronto tiran el arpa. Pero existen los reseñistas profesionales, aquellos que publican sistemáticamente en secciones culturales de periódicos o revistas durante años y años. Sus trabajos tienen una extensión mínima de media cuartilla y una máxima de cinco. Los más abundantes son los de 2 cuartillas de extensión. Dan cuenta de la aparición de un nuevo libro, aportan datos mínimos sobre el autor y describen con brevedad espartana el contenido del texto. Casi nunca sus reseñas son negativas para el autor si éste es desconocido, pero si es ampliamente conocido, entonces nunca son desaprobatorias. Muchas veces elogiosas o en el peor de los casos, neutras.

Que quede bien claro: los reseñistas no son críticos, su misión no es hacer una crítica, sino publicar una nota informativa. Cuanto más breve e insustancial, mejor.

Contemplado así el panorama crítico-literario, éste queda reducido a los llamados críticos.

Desglosado el asunto, vayamos a mis experiencias personales con la crítica.

Como no hallé editor, publiqué mi primer libro de relatos *Los endemoniados* de mi propio peculio en 1967. Luego busqué un distribuidor profesional y topé con un descuento pavoroso, pero apechugué y me di a la tarea de llevar mi libro a los reseñistas y críticos conocidos por mí a través de periódicos, suplementos y revistas. "Con la iglesia hemos topado, Sancho", dijo el Caballero de la Triste Figura. Gran golpe para un escritor si no joven, sí bisoño. Como para que me dedicara a mi profesión y no a la literatura. Ni una sola crítica de fondo, puras reseñas. Entonces aprendí que para obtener comentarios favorables debería yo de tener amigos en el medio literario. En efecto, del total de reseñas, las que fueron escritas por mis cuates eran favorables: saludaban a un nuevo escritor *diferente* y le auguraban un porvenir literario lisonjero, todos mis cuates eran 15 años más jóvenes que yo. Pero no eran

reseñistas profesionales, sino de ocasión: René Avilés Fabila, Gustavo Sáinz, José Agustín, el Vate Castañeda, y otros pocos más hacían notas esporádicamente. Los reseñistas viejos como Rafael Solana, Francisco Zendejas y otros pocos más no me bajaron de pornógrafo y de tener mal gusto. ¡Eso no era literatura! Zendejas tenía una columnita diaria en el "Excelsior" titulada "Yet" donde en una cuartilla despachaba un libro diario (a veces dos). Me puso del asco. Pero no era un análisis serio, tan sólo un encadenamiento de adjetivos peyorativos sin ton ni son. Viéndolo bien este tipo de reseñista me hizo un favor, porque puso en relieve la existencia de un escritor que usaba muchas "malas palabras", algo que desde Salazar Mallén quien lo había hecho hacía 32 años no se había visto en la república de las letras. ¡Época de pudibundez literaria! En total 12 notas. Existía otro grupo de reseñistas con ínfulas de críticos, los portavoces de la Mafia de F. Benítez. El principal, Emmanuel Carballo, luego Monsiváis, J.E. Pacheco y J. García Ponce. Ninguno se ocupó de mí. Ni una línea, ni una mención, ni una cita. Ellos se ocupaban de lisonjearse entre sí. Un auténtico club de elogios mutuos. Para ellos sólo había un novelista: narrador: Fuentes. Sobre él volcaban cataratas de elogios. Era el *golden boy* de la Mafia, había que hacerlo estrella del *Star Sistem*. No había lugar para el resto. En conclusión, la crítica "seria" no se ocupó de mí. Tampoco se ocupaba de mis cuates. Y todos gritábamos "¡La crítica literaria no existe en México"! Y creo que teníamos razón.

En 1970 apareció en el medio literario *Safari en la Zona Rosa*, mi primera novela. Como yo estaba considerado como pornógrafo, sólo tuve cabida en una editorial circunstancial dirigida por un comerciante árabe que hacía traducciones del *Ananga Ranga*, *Kamasutra*, *Molly Flanders*, *Fanny Hill*, *El amante de Lady Chatterley* y otras obras consideradas como pecaminosas por la aldeana moral literaria de ese tiempo. . Ahí fui a caer recomendado por Gustavo Sáinz quien hacía los prólogos a los libros del árabe. En esa novela describí el mundo oscuro de los homosexuales que se reunían en un club nocturno de la Zona Rosa, centré mi atención en las lesbianas; era la primera vez en México, que alguien se ocupaba literaria y públicamente de los problemaslésbicos. Tampoco estaba bien visto que alguien escribiera sobre maricones y lesbianas, no obstante que ya había pasado el 68, la época hippie con todo y Timothy O'Leary , *Hair* y los Doors. Reuní 7 notas, cinco favorables de mis cuates y dos en contra, de Zendejas y Raúl Villaseñor. Ya para ese entonces sabía muy bien que para lograr una nota favorable de Zendejas era recomendable invitarlo a unos chupecines en los bares de Bucareli a la hora de entregarle el libro. Me resistí a seguir tan encomiable indicación. Seguí inexistente para la llamada crítica literaria. *Safari en la Zona Rosa* no es en absoluto, pornografía, pero le colgaron la etiqueta.

En 1973 aparecieron dos novelas cortas: *Jet Set* y *Coprofernalía* en la Ed. Edamex (que aún no cobraba por editar). La primera, erótica, tanto como puede serlo *El amante de Lady Chatterley*, una sátira sobre la plutocracia mundial y sus ramificaciones en México; el personaje central es una ladilla, de hecho son sus memorias. A alguien se le ocurrió compararlo con *Memorias de una pulga* sin que mediara razón porque *Jet Set* es satírica y de crítica social de la época. *Coprofernalía* es una novelita escatológica, sin antecedentes en México, es más, salvo algunos pasajes del Divino Marqués no he hallado nada parecido en la literatura mundial. Pero Sade carecía del sentido del humor, y en *Coprofernalía* es desbordante, de modo que no hay comparación válida. La publicó mi amigo Rogelio Villarreal Sr en su pequeña editorial FEM. Ya para entonces también sabía a qué reseñista obsequiarle un ejemplar y a cual no. Y resultaba (resulta) que los reseñistas no hacen notas si no es sobre libro regalado. Ellos no compran libros para su quehacer. Tal práctica pone en gran ventaja a las editoriales grandes que tienen presupuesto para obsequiar libros y, de ser necesario, para pegarles un cheque en la solapa. ¡Así la nota no falla, y siempre es laudatoria!. De ese modo, en la actualidad, las grandes editoriales tienen sus reseñistas de planta, quienes reciben con propio los libros y los cheques. De

estos libros aparecieron siete notas, todas de amigos míos y todas en "El Nacional", por supuesto favorables. Aún la moral aldeana prevalecía en la república de las letras. Ambos textos fueron reeditados en el 2001 por "La tinta indeleble", una aventura editorial que me permitió reeditar algunas obras y publicarle a mis cuates. No gané ni perdí, cuando el balance amenazó a teñirse de rojo, suspendí actividades. "La tinta indeleble" fue estrictamente marginal, nunca la registré en la SHCP, no obtuve un solo ISBN y vendí las ediciones de mil ejemplares casi al costo. Inventé un sistema de ventas a base de mis amigos que fue bueno...hasta que se cansaron.

Luego llevé a Edamex en 1975 mi segundo volumen de cuentos. Su título original era "En libertad de soñar", de ahí los epígrafes de cada cuento. Pero Octavio Colmenares juzgó que era un título poco comercial y lo cambió a "La noche de la 7ª llama", título del cuento principal que es uno de los que más me gustan y está basado en dos hechos reales: la inversión atmosférica en Poza Rica que costó algunos cientos de vidas y la matanza de petroleros disidentes que también costó vidas. El Ing. Acevedo y su mujer también existieron, pero jamás se conocieron, los uní con la fuerza de la imaginación. Merino y su pistolero el "Negro" Fernández también existieron. Aparecieron tres notas, dos de mis cuates y una de Juan Miguel de Mora también favorable, pero entiéndase, notitas, no crítica.

Quizá "La noche..." pasó desapercibido porque en 1975 estaba en su apogeo el escándalo en la república de las letras originado por el Premio México y "Los símbolos transparentes. En seguida cuento la historia completa:

LA HISTORIA DE LA NOVELA "LOS SÍMBOLOS TRANSPARENTES"

Aprovecho este resquicio para contar las peripecias de mi novela *Los símbolos transparentes*, segunda novela de mi carrera literaria y quinta obra de la misma desde que la concebí y vio la luz pública bajo el signo de la desventura en 1978. Voy a narrar pues, su historia, hilazón de infortunios a través de 24 años que cesaron en el 2002 por repercusiones del "cambio"; pasa a la literatura mexicana como una obra de génesis accidentado y vida adversa:

GENESIS: Yo estuve el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas y fui testigo de cómo el glorioso ejército nacional entrenado desde hacía un siglo para matar mexicanos masacró a una multitud indefensa. Pocos minutos antes de la matachina los signos en el ambiente no eran transparentes, sino turbios y ominosos, por ello procuré ir alejándome del centro de la plaza fatal donde me encontraba; cuando estalló la bengala y se oyeron los primeros disparos crucé la valla de soldados (sin que me tocaran un pelo) y me refugié en uno de los departamentos de un andador colateral muy cercano. Lo que siguió ha sido contado de sobra desde hace más de 40 años y aun el oprobio no termina. Parte de mis experiencias en el Movimiento están narradas en este libro y todo lo que presencié esa noche aciaga. Al día siguiente decidí narrar en una novela, no la noche de marras, sino el Movimiento entero, desde sus raíces hasta mucho después de haber pasado a la historia. La terminé en cuatro años, esto es, para 1973 estaba lista; había concluido el sexenio de El Chacal de Tlatelolco y ya iba corridito el de **Luis Echeverría**, quien pronto (1971) dio muestras de no ser muy diferente a su antecesor. Como era ya mi costumbre en libros anteriores (y sigue siéndolo), los personajes históricos, o transitaban con su nombre real o el supuesto no dejaba lugar a dudas

sobre su identidad. Con esas características sabía que la autocensura editorial no permitiría una publicación expedita. Pero en 1973 se abrió en México un concurso literario muy importante de novela, el premiado fue el español **Juan Marsé**; al leer la obra ganadora vi un camino abierto a la publicación; supuse que de obtener mi novela el primer lugar correspondiente a 1974, no habría autocensura que valiese. Así que le di los toques finales y con mucha anticipación la remití al certamen.

SUPLICIO:El jurado estaba compuesto por **Juan Marsé, Augusto Roa Bastos, Ernesto Mejía Sánchez, Benjamín Carrión** y **Andrés Henestrosa**, éste último por ser el presidente de la Asociación de Escritores de México (AEM), pues méritos literarios no tenía entonces, como no los tuvo jamás; veamos, en 1969 aparecieron las obras completas de Henestrosa en un solo tomo de 155 páginas, editor, Piazza, prólogo de Mejía Sánchez; contenía *Mis primos los Fuentes, Los hombres que dispersó la danza, El Temor de Dios* y *Tres cartas autobiográficas*, de este material el único con relativo valor literario es *Los hombres que dispersó la danza*, una recopilación de leyendas zapotecas que tradujo al español, es una reconstrucción o recreación, como se quiera, pero de ningún modo una obra ciento por ciento original, su primera edición fue la de 1945, la segunda de 1960 y la tercera en el tomito de "Novaro" lo demás, y hasta su muerte, son miles de artículos periodísticos coyunturales de escaso valor literario y hemerográfico a través de 40 años de hacerse pasar como el gran literato mexicano. Presentada esta semblanza, volvamos al concurso: convocaba la "Editorial Novaro" con el apoyo de la AEM. Premio único a primer lugar con el compromiso de publicar las 5 novelas finalistas. Los concursantes podían enviar sus trabajos con seudónimo o sin él. La noche de la premiación en noviembre de 1974, yo me hallaba en Zacatecas, invitado por el novelista Alberto Huerta y el poeta José de Jesús Sanpedro hacedores de la cultura en la Universidad estatal, por eso fue hasta el otro día cuando me enteré de la agitada discusión habida entre los miembros del jurado quienes ponderaban los méritos de *Los símbolos transparentes* y *Estas ruinas que ves*, de **J. Ibargüengoitia** quien había concursado sin seudónimo.

La decisión final del jurado no fue fácil. Juan Marsé y Benjamín Carrión tenían a primer lugar la mía, Mejía Sánchez la de Ibargüengoitia. Henestrosa, personero del PRI a quien le debía todo, pues era su orgullo, era el presidente del jurado por deferencia a la AEM; como de costumbre, no había leído la novela, por eso estaba titubeante, pero Luis Guillermo Piazza, en ese entonces director editorial de la empresa convocadora lo puso rápidamente al tanto: era políticamente incorrecto otorgar el primer lugar a una novela en donde se denigraba al ejército mexicano y al sistema político mexicano, incluyendo al señor presidente. La discusión del fallo fue larga y demoró el anuncio del mismo, hasta que por fin "Nosdestroza" toda su vida más político que literato, logró convencer a Roa Bastos de inclinar la balanza a favor de J.I., premiando por mayoría lo que sin duda es su novela más floja.

Así comenzaron las desventuras de *Los símbolos transparentes*, con un despojo del primer lugar trabajado por "Nosdestroza" en aras de su posición política. Quien a 32 años de distancia lea las dos novelas finalistas no le quedará duda de que mucho podrido hubo en esa decisión. Tanto, que más de 20 años después Vicente Leñero publicó en la "Revista de la Universidad" (Num. 39, mayo 2007, página 104) un artículo titulado "Lo que sea de cada quien-Jorge a pie", en donde recuerda que Ibargüengoitia le pidió consejo sobre si debería de

aceptar o no una propuesta indecorosa de Piazza quien le ofrecía el premio si mandaba una novela a concurso. Aunque Leñero opinó que no aceptara, Ibarguengoitia aceptó el trastupije y le fue otorgado el premio. ¡Ya lo tenía en la bolsa con meses de anticipación!

El segundo episodio de esa infausta etapa corrió a cargo del argentino Piazza (a) La Pampera Rosa. Como segundo lugar, yo tenía derecho a ser publicado, así que fui a ver a Piazza y exigí se cumpliera tal obligación contractual. Cuando estuve frente a la Pampera Rosa, hallé que tenía una copia de mi original erizada de señaladores de página. Me dijo que sí, Novaro publicaría mi novela y sería lanzada al mercado junto a la ganadora, pero...necesitaba hacerle cambios, porque, tal como estaba, constituía una bomba política y su estallido dañaría sin duda alguna a la empresa. Pedí tiempo para pensar los cambios y fui a visitar otras editoriales. Por aquel tiempo no había muchas opciones: las que presumían de independencia eran Siglo XXI, Mortiz y Era, en Diana y el FCE ni pensar. Grijalbo no publicaba autores mexicanos y otras editoriales españolas y argentinas tampoco. Océano no existía. Fui a Mortiz, Siglo XXI y Era: **Joaquín Diez-Canedo, Arnaldo Orfila y Neus Expresate** me oyeron pacientemente, argumenté que siendo mi novela una finalista controvertida podríase aprovechar la carga publicitaria y salir con buenas ventas. Los tres me dijeron más o menos lo mismo, ni siquiera leyeron el original: que aceptara los cambios que proponía Novaro, era lo mejor. En una semana volví con la Pampera Rosa y convine en hacer cambios que no perjudicaran la obra, y me opuse a otros que la desvirtuarían. Aparentemente la Pampera Rosa estuvo de acuerdo con la negociación y mandó el original a proceso de impresión. Firmamos un contrato y me dio un anticipo de 500 pesos.

Poco después me recibió fingidamente acongojado y me dijo que todo iba bien, pero que uno de los barrenderos descubrió unas galeras corregidas y comenzó a leerlas por pura curiosidad intelectual; le alarmaron los fragmentos leídos y le chismeó al director general Juan Manuel Martínez Parente, quien pidió un ejemplar ya en pruebas finas. Escandalizado por lo que sus atónitos ojos transmitían a su poca cultivada mente, alertó a uno de los vicepresidentes ejecutivos quien coincidiendo en todo con el dictamen previo del barrendero dijo que “eso” de ninguna manera se publicaría en Novaro y que me rescindieran el contrato, pudiéndome quedar con los 500 pesotes. Y así se hizo. Entonces acusé públicamente a Novaro de censurar mi novela. Tenía una copia del contrato, lo exhibí. Mis amigos de la LEAB eran en su mayoría periodistas culturales, así que le dieron al penoso caso toda la difusión necesaria. Pensé ingenuamente que Siglo XXI, Mortiz o Era se pelearían por los derechos, pero la autocensura también funcionaba en esas empresas y nunca me llamaron.

También fui a la AEM, de la que era miembro, y conminé a Nosdestroza para que defendiera mi caso; como se escondió, le remití una carta (que hice pública en los medios impresos) que terminaba así: De la manera más atenta, me dirijo a usted, en su calidad de presidente de la AEM, para que exija, de la citada editorial, una explicación amplia y cumplida de la actitud asumida frente a mi novela, y que, en el caso de haber acatamiento forzoso a la censura, modifique las cláusulas de su próxima convocatoria en el sentido de proscribir toda obra literaria con contenido político.” El pillastre de Henestroza nunca contestó.

La razón de peso dada por Martínez Parente fue que mi novela ponía en peligro a la empresa, la cual podría ser clausurada o por lo menos atacada por la SHCP. Razón endeble, pues la empresa era propiedad de Miguel Alemán Velasco y Bruno Pagliai, gente de mucho poder que podría parar cualquier agresión. Piazza me regresó el original y cuando lo revisé, vi

que se había tomado la pequeña libertad de hacer cambios que no fueron estipulados por la negociación habida entre él y yo. La novela, tal como iba a salir, resultaría apócrifa.

Entonces inicié una campaña a nivel nacional denunciando la censura habida en Novaro.

El resultado de la campaña tuvo dos vertientes: por un lado, creó una enorme carga publicitaria para mi novela, por el otro, senté fama bien ganada, de autor conflictivo, lo cual, hasta la fecha no olvidan las grandes editoriales mexicanas.

Por aquel entonces mi gran amigo René Avilés F. gozaba de la amistad de Guillermo Ramírez, director adjunto y real del Fondo de Cultura Económica (el que firmaba era Fco. J. Alejo) y en una de las borracheras frecuentes de su factótum Guillermo Vega con el Aguila Negra y conmigo, aquel se comprometió a que ahí sería publicada, pero todo fue euforia etílica, a la hora de la verdad no hubo tal; poco más tarde Jorge Bebéndez la llevó a Ediciones de Cultura Popular, editorial del PCM, pero de repente el original "se les perdió"; aunque me sobraban copias, comprendí y me olvidé de ellos.

A principio de 1976 Gustavo Sáinz fue nombrado algo así como coordinador de la serie de autores mexicanos para Grijalbo, editorial que hasta el momento era refractaria a la publicación de los escritores locales. Me llamó y me dijo que mi novela sería una de las cinco primeras que Grijalbo publicaría ese mismo año. De nuevo firmé un contrato, otra vez la novela entró en prensa, pero ¡Oh, fatalidad!, sucedió exactamente lo mismo que en Novaro. La empresa (que no Gustavo), rescindió sin explicaciones. Volví a hacer campaña, otro escandalito en torno a la autocensura y a esperar. Ya el Orate de San Jerónimo era el Pinochet tepuja, represor y torturador como el gorila chileno, la guerra sucia estaba en su apogeo y la editorial decidió no correr el alto riesgo de publicarme.

En 1978, ya desaparecido el Iluminado de la escena política, una editorial en formación me buscó y me pidió la novela. No se habló de correcciones de ninguna índole, el original que fue rechazado por tantos editores fue publicado íntegro. Era tal su carga publicitaria que la primera edición se agotó en un mes. Ese año se hicieron 5 reimpressiones y de pronto fui un escritor famoso.

Luego vino la crítica; por supuesto, no a todo mundo le gustó. El primer palo me lo dio la gente del Circo Ataibo que hacía el suplemento cultural del periódico "El Universal" bajo seudónimo de "El Equipo", le dedicó un domingo las dos páginas centrales del suplemento, pero con poco texto porque las relleno de fotografías del 68 para disimular lo pobre e inconsistente de su reseña: mucho ruido y pocas nueces, mi novela era un fracaso; el segundo, Fausto Castillo quien encontró que de la novela se infería que el Movimiento del 68 no valió la pena de haber nacido y que sus muertos murieron inútilmente, tampoco valía la pena leerla. Castillo se ocupaba de crítica teatral, fue sospechoso que de repente cambiara de giro, ya el tiempo se encargó de desmentirlo y desenmascararlo; el tercero me lo dio un columnista político que siempre se ocupaba de chismes y no de literatura ("Los Intocables" 20 y 24 de abril de 78 en "El Universal"), era un secreto a voces que tenía línea oficial y cobraba en Gobernación: José Luis Mejías; dijo que la novela era una afrenta para el glorioso ejército mexicano que jamás disparó un tiro en Tlaltelolco, el artículo, que no reseña, olía a consigna a diez kilómetros de distancia y, la cuarta y última crítica negativa, de Adolfo Castañón (a) Fito Kostefño quien escribió su reseña desde un incomprensible enfoque rabioso ("Revista de la Universidad de México", Jul-78, posteriormente incluida en su libro *El Arbitrario*) es una

diatriba abundante en epítetos productos de la cultura paciana del autor –incurro en libelo y reportaje, lanzo una irrisoria e hiperbólica crítica de las costumbres, soy chauvinista y xenófobo, soy un bárbaro que resopla de pasta a pasta, émulo de Irma Serrano y Loret de Mola, etc. etceterísima- y resume llamándome pornógrafo de la violencia en un cuento de página roja con ribetes de derrotismo; Fito Kosteño escribió su reseña desde un enfoque político, no literario, es el ataque feroz de un intelectual del sistema contra un libro que lo desnuda y contra un autor que no escribe como mandan los cánones de la Facultad de Filosofía y Letras.

¿Por qué no hice caso a Fito Kosteño cuando señaló los abundantísimos defectos de mi novela? Debí corregir, depurar, estilizar, reestructurar según sus orientaciones. De hacerlo, hoy mi novela sería libro de cabecera de Fito y una de las novelas mayores de la literatura mexicana. ¿Qué digo? ¡De la literatura universal! Y si no, para muestra los libros de Fito Kosteño, sostengo la absoluta certeza de que quienes leen esta historia tienen fijados indeleblemente en la memoria los títulos de las obras maestras que Kosteño ha publicado hasta la fecha, que todos las han leído y para demostrarlo hice una pequeña prueba cuando se presentó la edición de Conaculta en el Museo de la Ciudad de México: (Mario Bojórquez, conductor de la mesa, declaró contrito no haber leído jamás una de esas obras maestras, la Dra. Patricia Cabrera confesó haber leído *El arbitrario*, no añadió más; Raúl Macín, abochornado confesó no conocerlas, pero prometió corregir su falta comprándolas todas al siguiente día y, Roberto López Moreno admitió haber leído una y nada más; después de los presentadores interrogué al público, unas 200 personas aceptaron con su silencio no conocer esa gran obra) ¿Lo escuchan?, es Fito Kosteño un autor de talla internacional, del mismo nivel del Dandy Guerrillero, o poco más.

Pero a excepción de los antes citados disidentes, más de 30 notas que la sitúan entre lo bueno y lo superlativo escrito en torno al Movimiento del 68. A 32 años de haber sido publicada, pese a las largas temporadas fuera de circulación, sigue siendo considerada como una de las mejores, si no es que la mejor novela de la saga del 68, que suma unas 35 en total.

Enrique Bucio y Roberto Rodríguez Baños me hicieron dos entrevistas (grabaciones previas) para el Canal 11 de TV que jamás salieron al aire.

Tal parecería que las desventuras de *Los símbolos transparentes* terminaban, pero no, sucedió que la “Editorial V Siglos” no obstante haber tirado 7 reimpresiones en 1979 de *Los símbolos transparentes*, quebró un par de años después por la ineptitud de sus dueños y las posibilidades de reeditar en otras editoriales se redujeron a polvo impalpable de los desvanes desvalidos. Como la quiebra fue definitiva me quedé con los negativos en pago a mis últimas regalías. No fue sino hasta 1988 que la “Editorial Claves Latinoamericanas” (sin fines de lucro) dirigida por Raúl Macín sacó una segunda edición conmemorativa del vigésimo aniversario del 2 de Octubre, mil ejemplares con cambio de portada. Cinco años después la misma editorial ya en vías de quiebra, para conmemorar el vigésimo quinto aniversario tiró una segunda reimpresión con otro cambio de portada gracias a la cooperación generosa de mi amigo Saúl Uribe y el propio Raúl Macín.

En 1988 ascendió al trono “La Hormiga Atómica” y tuvo a bien crear el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA o CONACULTA) y nombrar a **Víctor Flores Olea** (Víctor Mofles Kolea) su primer presidente quien anunció el inicio de la tercera serie de la colección “Lecturas Mexicanas”. El anuncio nos llenó de gozo a Roberto López Moreno y a mí, porque

no habíamos sido incluidos en las dos primeras series. Le pedimos audiencia confiados en ese halo de hombre progresista –muy desvanecido- que se empeñaba en sostener. Dos veces nos dio fecha y dos veces la canceló. Mientras esperábamos, hurgué en su pasado:

Es indispensable para seguir adelante, pasar sobre el cadáver putrefacto de Víctor Mofles Kolea; señala el Dr. Jorge Carrión: **Estos intelectuales –Flores Olea, González Pedrero, López Cámara- utilizaban la revista *Política* para darse renombre y después abandonaron sus posiciones políticas** esta sencilla descripción de los tres farsantes es breve, pero certera; condensa en tres renglones la vida y milagros de tres protagonistas de la picaresca política de izquierda; Carrión señala entre líneas que estos tres chantajearon al Sistema Político Mexicano desde su posición acomodaticia de izquierda, para luego integrarse plenamente a él.

Recuerda Boris Rosen, jefe de redacción de la célebre revista *Política*: **Ahí estuvieron Carlos Fuentes, Flores Olea, González Pedrero y otros personajes que de alguna u otra forma fueron asimilados por el sistema político...**

Recuerda también Conchita Ambriz, del cuerpo redactor de *Política*:ahí llevamos a los exquisitos esos: Flores Olea, González Pedrero, López Cámara, ahí estuvieron todos...**Estos intelectuales utilizaron la revista *Política* para darse renombre, y después abandonaron sus posiciones políticas...ellos no manejaban la contradicción fundamental, sino a favor de sus propios intereses personales...no quiero citar únicamente a Carlos Fuentes, pero Carlos Fuentes da verdaderamente risa, unos días es revolucionario completamente radical, y otros está en Nueva York diciendo todo lo contrario.**

Vayamos con Raquel Tibo, quien tenía a su cargo en *Política* una columna de cultura muy prestigiada: **Ahí estaba Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea en las mesas de redacción de los documentos de Movimiento de Liberación Nacional...**

Nótese que en estas declaraciones figura invariablemente el nombre de Flores Olea como constante inseparable, por ser el más oportunista de los intelectuales “de izquierda”. Pero aún hay más, como dijera el ínclito Raúl del Asco; Mofles Kolea declaraba en los años 60’s:

Estoy persuadido de que la vinculación de los intelectuales con las luchas populares, más que nunca es una necesidad en nuestros días. Es el signo del tiempo nuevo. En esa participación encontrarán los intelectuales problemas auténticos, los del mexicano, los del hombre. La renovación de las luchas populares, confesémoslo, amplía nuestro horizonte, nos brinda la oportunidad de justificarnos. ¿Nuestro deber? Expresar con claridad, con pasión, las necesidades de nuestro pueblo: aprendizaje y servicio.¹

Eso decía, y lo apoyaban con ensayos y discursos Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero y Fernando Benítez, quienes se definían a sí mismos como intelectuales de izquierda dentro de la teoría marxista, ya que utilizaban ese pensamiento como un método de conocimiento, abierto y dialéctico, combatiendo los errores y dogmatismos de los intelectuales marxistas “victorianos”, que eran más que todo ingenuos y bohemios, la “pura raspa aldeana”. Se constituyeron pues, en la elite de la izquierda mexicana, y no transcurrieron muchos años sin que estos cinco sinvergüenzas extorsionadores pasaran de la “izquierda marxista pura” a la “izquierda dentro de la Constitución” en cínica imitación de Adolfo López Mateos. En el

¹ Los intelectuales y la política en México, Gabriel Careaga, Ed. Extemporáneos, México, 1974.

intervalo del chaqueteo, Mofles Kolea casi mesiánico, atacaba a los "falsos" líderes de izquierda:

Para Vicente Lombardo Toledano, este compatriota ilustre e inteligente, no hay más izquierda que la suya. Para la nueva izquierda mexicana, en cambio, Lombardo Toledano simple y llanamente no existe. ²

Este grupo de la "nueva izquierda mexicana" -al cual habríamos de agregar obligadamente el nombre de Fernando Benítez quien trampolineaba en el periodismo cultural-, pensaba en primer término, que para ser de izquierda no necesariamente se tenía que ser menesteroso – desde la riqueza se combate mejor a la pobreza- y, dado el caso, no rechazaba vivir del presupuesto; los cinco acumularon dinero, ninguno desdeñó servir al PRI cuando éste les trajo poder y fortuna. La gente de calaña moral miserable ingresa al sistema, Carlos Fuentes y Mofles Kolea lo han servido siempre y cuando éste los enriquezca y dote de poder.³ Esta canalla simuló al principio una posición radical que en el fondo no era sino una extorsión contra el sistema político y, cuando se percató de que éste le hacía guiños para atraerla a su seno no dudó un segundo en abrazar su causa. El primer signo del chaqueteo fue su renuncia a la revista *Política* de M. Marcué Pardiñas; el 5 de agosto de 1964 apareció en la revista *Siempre!* una carta donde cinco intelectuales explicaban por qué dejaban de escribir en *Política*, ellos eran: Fuentes, Benítez, Flores, González y López; según ellos, *Política* había nacido con el fin de aglutinar a la izquierda del país y acabar con el sectarismo y los dogmas, pero había caído en esos vicios. Luego, en poco tiempo de detractores del sistema se convirtieron en sus defensores y años más tarde en parte inmanente de él. Al respecto, *Política* atribuyó la renuncia de los cuatro granujas al posicionamiento estratégico de ellos ante el próximo presidente de la república. (*Política* 15-VIII-64: 20-24; *Siempre* 2-IX-64:6-7, 62-63) Fue LEA quien primero los compró en subasta al mejor postor, llegando la desfachatez de Fuentes hasta aceptar el cargo de Embajador en Francia como pago a sus servicios. ¿Acaso él y F. Benítez no fueron quienes se adhirieron a su campaña presidencial dando el grito de ¡Echeverría o el fascismo!?

Aquel hombre de izquierda que en las aulas alentaba a sus alumnos a ver como única solución la guerrilla, a la vuelta de los años no tuvo empacho en figurar como presidente del CONACULTA nombrado por el mandatario priísta más corrupto y rapaz de todos los tiempos: Salinas de Gortari.

A esta sabandija asquerosa debíamos de enfrentarnos. Insistimos en ser recibidos, tanto Roberto y yo escribíamos en algunos periódicos, creo que fue ello y no otra cosa, lo que lo movió a escucharnos.

Nada prometió, pero nos endosó con su canchanchán de literatura, Erasto Cortés, a quien yo no conocía. Roberto sí, y me explicó, es uno de esos ojetes de la Facultad de Chilososophía y Lepras, elitista como los otros pinches profes de ahí.

Muchos años después me presentaron a Erasto Cortés, según quien lo hizo, nada menos como sucesor de Edmundo Valadés, primera autoridad del cuento en el país: chapatín, de

² Los intelectuales...op.cit.

³ [El pueblo los llama con desprecio "Chaqueteros" \(Cambian de chaqueta según las variaciones del clima político\).](#)

Mario Trejo 10 may '02, 10:49 Texto añadido
Mario Trejo 10 may '02, 10:50 Texto añadido
Mario Trejo 10 may '02, 11:04 Texto añadido
Mario Trejo 10 may '02, 10:50 Texto añadido
Mario Trejo 10 may '02, 11:03 Texto añadido

rostro de comadreja, andar menudo, voz en susurro, untuoso de maneras, corbata de moño, insignificante de apariencia y muy ojete con quienes nunca pisamos la dichosa Facultad.

No hubo tiempo para que la comadreja nos opusiera las trabas burocráticas de rigor: Víctor Mofles Kolea creyó que la burocracia engrandece al hombre. De pronto se vio a sí mismo, muy crecido y –liliputense mental- retó al gigante, quien lo ahogó de un solo escupitajo verde y mucilaginoso.

Lo sucedió “Rigo” Tovar (Rafael Tovar y de Teresa, yerno del Jolopo). Roberto y yo volvimos a la carga; pero al galancete braguetón se le trepó el puesto apenas tomó posesión del cargo. Se negó a recibirnos, primero la secre privada y luego su segundo de a bordo Javier González Rubio, nos explicaron que el “Licenciado” tenía una agenda apretadísima para este mes. Transcurrieron ocho meses sin que nos recibiera, y una vez, en un desayuno de periodistas, cuando Dedillo era titular de la SEP, nos quejamos ante él y a la semana siguiente nos recibió, forzadísimo. Ya no estaba la comadreja, lo sucedió una hiena, Eugenia Meyer, sedicente historiadora, quien se encargó de ponernos en órbita. Al tercer o cuarto pase tauromabobo quedó claro que nuestra inclusión en la tercera serie de “Lecturas Mexicanas” era pura ilusión.

Como la Meyer se imponía como presidenta real de CONACULTA, “Rigo” Tovar la sesgó y en su lugar entró Alfonso de María y Campos. A él acudí e insistí (a Roberto ya le habían publicado *Las mariposas de la tía Nati*), aceptó publicarlo y muy a la chita callando firmé el contrato en junio de 1997; el proceso de edición tomó el camino del tortuguismo, cada año preguntaba y cada año me respondían que ya merito, que ya merito.

¡VICTORIA! Con el cambio de sexenio “Rigo” Tovar salió de CONACULTA, no fui a ver al nuevo titular sino directamente a Felipe Garrido, director de Publicaciones quien revisó y me informó en febrero del 2001 que el libro se hallaba en negativos entre otros muchos rezagados por la administración anterior. Afirmó que sería de los primeros en publicarse. No fue sino hasta noviembre de ese año cuando Héctor Anaya, el subdirector de Publicaciones y cuate mío me dijo que estaba en prensa. ¡Había pasado una década completa desde que fui a ver a Mofles Kolea! El 3 de febrero del 2002 Héctor Anaya me entregó mi dotación de libros.

En aquel mismo año de 1978 la Ed. Posada publicó mi novela satírica *El Pornócrata*. Sátira sobre el absolutismo presidencial mexicano. Los funcionarios de cúpula, por si resultan presidenciables se mantienen muy taimados, ocultan sus manías y sus vicios, tan sólo procuran que afloren sus virtudes, reales o imaginarias. Cuento la historia de un hombre que resultó presidente y que en su intimidad fue un fanático de la pornografía. Al asumir el poder saca a relucir su *hobby* secreto y pornocratiza al país. Como matiz satírico adicional casi todos los personajes tienen nombre de dictadores latinoamericanos. Mi editor, Guillermo Mendizábal supuso que yo estaba consagrado con *Los símbolos transparentes* y que vendería muchos libros. No fue así, nunca supe a ciencia cierta cuántos tiró y cuantos vendió. Pero a los dos años un día me llamó y me dijo que iba a trizar el remanente en bodegas para deshacerse de activos con miras fiscales. Pero alguien de la misma empresa me confió que la verdadera causa era que le habían pedido retirara la novela del mercado porque era otro insulto para el sistema. De cualquier modo no tuvo las ventas arrolladoras de la otra y el pretexto fue bueno. No pasaron de cinco las notas, de mis cuates, por supuesto.

La misma editorial que me publicó *Los símbolos...* me publicó *El Chanfalla*, primera parte de una trilogía de gran aliento, también en 1978. Novela urbana y picaresca sobre la vida de un niño que vive

en el mero Centro Histórico de la ciudad de México en la década de los 40. Aparecieron 13 notas en diversas publicaciones entre reseñas y entrevistas, una sola reseña adversa de un gacetillero de quien nadie, en la actualidad se acuerda. ¿Crítica profunda, documentada, seria? Ninguna.

Pasaron 5 años sin publicar. Luego vino en 1983 la segunda parte de la trilogía chanfallesca: *Entre tiras, porros y caifanes*. Editorial Edamex (que aún no cobraba al autor por publicar). Técnica narrativa totalmente distinta a la primera parte. 12 notas entre reseñas y entrevistas, ninguna adversa porque todas fueron de amigos y cuates. Ni una sola crítica académica.

En 1985 la editorial "Claves Latinoamericanas" dirigida por mi amigo Raúl Macín me publicó el volumen de cuentos satíricos *Dime con quien andas y te diré quien herpes*. 7 notas entre reseñas y entrevistas, también de amigos y cuates. Ni una sola crítica académica.

En 1986, Edamex, que aún no cobraba por publicar, publicó *El síndrome de Huitzilopochtli*, relatos de humor negro basados en hechos relatados por la nota roja de "Alarma" y "El Universal". 4 notas entre reseñas y entrevistas. Ni una sola crítica académica. Hasta ese momento, con veinte años de quehacer literario, ni una crítica, ni de este ni de libros anteriores.

En 1988, la editorial Gernika publicó *Apenas seda azul*, una novela corta de Ciencia Ficción satírica y tres cuentos. Tan sólo aparecieron dos entrevistas: en "Ovaciones" y "El Universal", hechas por cuates.

En 1993, cinco años después, la Ed. Gernika publicó *¿Tormenta roja sobre México?* Tercera parte de la trilogía chanfallesca. Apareció junto con las dos primeras partes. Trilogía completa gracias a los auspicios del gobierno del DF en coedición. Ni una entrevista, ni una nota. Cero crítica. En el año 2001 propuse esta trilogía al Fondo de Cultura Económica, ya en la dirección general Consuelo Sáizar. Mi propuesta fue rechazada tajantemente. La historia de como, desde entonces, denuncié por corrupta y soberbia a la Sáizar es casi equiparable a la de *Los símbolos...* Sigo en la lucha por esta trilogía.

En 1993 también apareció *El cadáver errante*, primera narconovela mía y primera narconovela aparecida en el país. Sátira sobre el narco y sus redes de corrupción. Obtuve 7 notas entre reseñas y entrevistas, todas hechas por amigos y conocidos. Sobresale la de Vicente Francisco Torres por su análisis.

En 1994 Edamex que ya cobraba por publicar, hizo una excepción conmigo y publicó el volumen de cuentos satíricos *La emoción que paraliza el corazón*. Hasta hizo una segunda edición con cambio de portada. No obtuve una sola reseña ni entrevista.

En el año 2000 publiqué bajo el sello de "La tinta indeleble" 4 narconovelas cortas que tenía embodegadas. *Los dineros de Dios*, *Cementerio de trenes*, *Pájaros en el alambre* y *La casa de todos*. Inventé un sistema de ventas que me permitió vender esos libros en dos meses cada uno, tiro de mil ejemplares cada uno. Obtuve una sola reseña nada de entrevista. Estos libros no circularon en librerías. Fueron agotados en venta directa. Sólo obtuve la reseña de Vicente Francisco Torres posteriormente ampliada en su libro de ensayos sobre literatura policiaca mexicana *Muertos de papel* (2004).

El 1º de enero de 2001 publiqué en "La tinta indeleble" *El címbalo de oro*, (primera novela del nuevo siglo), mi obra mayor, novela satírica en la cual volqué todo cuanto sabía hacer. Regalé ejemplares

profusamente y no obtuve ni entrevista, reseña o crítica. De hecho, desde 1994 dejé de existir en la república de las letras. Tampoco circuló en librerías.

También en el año 2001 publiqué en “La tinta indeleble” mis dos novelas cortas reeditadas *Jet Set* y *Coprofernalía*, además tres nuevos cuentos satíricos. Mismo sistema de ventas, mismos resultados.

En el año 2008, la editorial “Cofradía de Coyotes”, publicó las segundas ediciones de *El cadáver errante* y *Apenas seda azul* (la segunda con el retitulado de *El retorno de Marilyn Monroe*. El editor distribuye mediante librerías “El sótano”, “La Jornada” y “Conaculta”. No obstante haberle él puesto “primera edición”, los resultados de reseñas fueron los mismos.

En el año 2009 la misma editorial publicó la segunda edición de *El síndrome de Huitzilopochtli* con el título de *El retorno de Marilyn Monroe*. También la antología de poesía satírica y escatológica *La Rana Roja*. Cero reseñas.

El autor espera lo mismo con *Tabasco: El diluvio que viene*. Tres relatos catastróficos publicados en el 2010.

RESUMEN.

La crítica en la primera década del siglo XXI:

Críticos que publican sistemáticamente en suplementos culturales y en revistas. Cuando reúnen material suficiente publican un libro con una selección de sus trabajos. . En orden alfabético:

ARGÜELLES JUAN DOMINGO

BLANCO JOSÉ JOAQUÍN

CASTAÑÓN ADOLFO

DOMINGUEZ CHRISTOPHER

ESCALANTE EVODIO

ZAVALA LAURO.

Salvo Castañón, que lo hizo en un solo artículo sobre *Los Símbolos...*, para los demás no existo.

Críticos que publican esporádicamente en revistas universitarias y que publican un libro auspiciado por casa de estudios con una selección de sus trabajos.

PATRICIA CABRERA -UNAM

DAVID MAGAÑA-UAM

VICENTE FRANCISCO TORRES-UAM

(Quizá haya muchísimos más de este tipo de crítico, pero no los conozco porque sus trabajos no van más allá de la difusión interna en sus casas de estudio.); si les publican un libro y éste no es coedición con alguna editora comercial, entonces el libro va directo a las bodegas de la institución y ahí duerme tranquilo por décadas.

De todo lo anterior resulta:

Que, salvo en el caso bien explicado antes de “Los símbolos transparentes” en el cual fui el virtual ganador pero despojado por los trastupijos de la pareja Piazza-Henestrosa, no he obtenido un solo premio en 43 años de quehacer literario.

Existen algunos premios “por obra”: he publicado cuatro libros fundamentales en distintas áreas, como por ejemplo:

“Rumberos de ayer”, IVEC, 1997. Quien quiera saber de los músicos cubanos que emigraron a México en las décadas 30, 40 y 50, tiene forzosamente que consultar este libro, pues no hay otra fuente tan completa y testimonial.

“El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana” UNAM, 1986. Mismo caso sobre la novelística aparecida en la década de los 70.

“La Ciencia Ficción en México”, IPN, 2004. Una revisión completísima de la literatura mexicana de CF desde el siglo XVIII hasta el año 2002. Catálogo completo y una pequeña antología de autores poco difundidos pero de gran calidad. Mismo caso.

“¡Que viva por siempre el carnaval jarocho!”, IVEC 2009. Una revisión histórica del carnaval jarocho desde su inicio hasta el año 2004. El carnaval en la poesía, la narrativa, la música, el teatro, el cine, el reportaje, la crónica. Mismo caso.

No obstante, jamás he obtenido un premio nacional ni local “por obra”.

También resulta que jamás he sido becado. No existo para el Sistema Nacional de Creadores.

En resumidas cuentas: no existo, ¡pero aún respiro!

Final del camino

La crítica que se ocupa de la literatura conforme va apareciendo, no existe en México

SINTESIS

Los críticos me dan risa.

Ensayo de Gonzalo Martré acerca de la crítica literaria en México. Hace diferencia entre crítico y reseñista. Ambas categorías son desmenuzadas y abunda sobre sus experiencias con la crítica a través de poco más de 40 años de quehacer literario. Arranca desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días. Cita como ejemplo principal la historia de su novela *Los símbolos transparentes*, además hace un recorrido cronológico de toda su obra en relación a la crítica y la reseña, hasta

nuestros días. Concluye que la crítica seria, profunda y sistemática de la literatura mexicana conforme va apareciendo, no existe.

La ausencia de crítica literaria en México

René Avilés Fabila

No hace mucho tiempo, en el IFAL de México, durante las llamadas jornadas Francia-México, un narrador y un crítico literario, Paco



Ignacio Taibo II y Christopher Domínguez, escenificaron una rara y escandalosa pugna pública que los medios difundieron con excesiva amplitud: el primero recibió la acusación de ser un escritor esclavo del mercado, cuyo único fin es vender masivamente sus libros y el segundo no se quedó para escuchar que “estamos en manos de críticos gandallas, oportunistas, semicultos y semintelectualizantes”. El incidente podría ser parte del chismorreo intelectual de México (se trata de un escritor de grandes ventas y de un “crítico” exclusivista que logra meter sus trabajos al Fondo de Cultura Económica y que ejerce a plenitud y exitosamente lo que en México conocemos bajo el nombre de ninguneo), pero por desgracia se trata de algo más grave: ejemplifica la ausencia de crítica literaria en México y posiblemente en el resto de América Latina. Algo que daña tanto al creador como al lector. Ninguno consigue saber el valor exacto de cada libro. El primero escribe a ciegas, ignorando el verdadero efecto de su trabajo, mientras que el otro se limita a leer lo que encuentra como resultado de recomendaciones superficiales o frívolas. En estos momentos los grandes éxitos son libros de dudoso mérito literario, que los diarios, grandes tiranos aparentemente ilustrados, nos obligan a comprar. En este aspecto, es probable que los mejores orientadores de los escasos lectores mexicanos sean los medios de comunicación, en particular los suplementos culturales y las revistas literarias, por lo regular en manos de grupos más o menos herméticos, con posturas y preferencias literarias muy claras. Por desgracia, en México, luego del grupo cultural autodenominado La Mafia (cuya existencia se dio alrededor de 1964–1968), glorificado en libros como el escrito por el argentino–mexicano Luis Guillermo Piazza, se ha conservado, ya sin celebridades ni figuras espectaculares, la idea de agruparse no tanto para edificar sino para destruir al probable enemigo. A ese grupo pertenecieron los más destacados artistas e intelectuales del país, fue una extraña conjunción (posible gracias a la estrechez del país en la década de los sesenta) que pudo apoderarse de prácticamente toda posibilidad de comunicación con los consumidores de libros y otros bienes culturales. El jefe de esa organización entre humorística y dramática fue Fernando Benítez, entonces director del suplemento del diario Novedades, México en la cultura, de larga tradición, hoy inserto en el semanario Siempre! La idea de cada sección o suplemento cultural no parece ser promover el arte y la cultura de modo global, más bien su actividad se centra en probar que quienes lo realizan o escriben en ellos son los mejores por no decir los únicos. Víctor

Roura, director de la sección cultural del diario El Financiero, se ha quejado de que sus libros no son analizados en otras secciones similares, simplemente son ignorados. Este tipo de casos se repite con frecuencia alarmante.

Cuando Carlos Fuentes inició su impresionante carrera, dijo que se iba de México tratando de conseguir para su obra la atención de la verdadera crítica literaria. Eso pareció una balandronada, un acto de puro exhibicionismo. Pero no, estaba en lo cierto. Su trabajo literario, de parte de los reseñistas mexicanos, sólo ha encontrado comentarios extremistas: o es el mejor narrador del planeta o es simplemente un plagiario audaz. Y lo mismo ocurre con cualquier otro escritor, no es valorado, es, a lo sumo, comentado en términos de simpatía o antipatía dependiendo de sus relaciones personales o de su poder dentro del medio intelectual y artístico. Por último, Mario Benedetti, quien hace unos meses abarrotó completamente el Palacio de Bellas Artes dejando sin posibilidades de ingreso a dos o tres mil personas que lo querían escuchar (las autoridades pusieron una gigantesca pantalla para que lo vieran en la calle), con dificultades encuentra a alguien que escriba sobre él. La mayoría de los "críticos" (escritores que asimismo ejercen la crítica literaria) lo miran con desdén y lo consideran un autor pequeño, no importante, tal vez por su larga militancia política, que ha rebasado la caída del socialismo real.

La crítica, vital para el desarrollo de la poesía, de la novela, del cuento, del ensayo, ha sido el gran ausente en México. Tenemos unas cuantas personas que se ocupan esporádicamente de tal actividad, pero al ejercerla seleccionan autores clásicos, consagrados o que están en vías de serlo, que poseen abundante bibliografía sobre su vida y obra. De esta manera han surgido libros o largos ensayos sobre Balzac, Darío, Pessoa y Cernuda hechos por autores como Jaime Torres Bodet y Octavio Paz. Pero no abordan los libros que van apareciendo, no efectúan una tarea cotidiana. No se trata de un grupo de especialistas que trata las obras en la medida en que van apareciendo: la crítica viva, por así decirlo. Que tenemos gente dedicada a comentar libros, claro, no lo niego, pero ¿quiénes son y qué hacen, cuál es su preparación? ¿Es posible escribir una o dos notas diarias sobre temas tan diversos y complejos como son el marxismo, el teatro del absurdo y la sociología del desarrollo? Evidentemente que no. ¿Podemos considerar válidos los análisis

–infaltables, inefables, supuestamente infalibles– de fin de año, donde de modo con frecuencia doctoral son comentados alrededor de sesenta o setenta libros en poco más de siete cuartillas? De ser afirmativa la respuesta, estamos viviendo en medio de una gran pobreza intelectual. Presenciamos, por otra parte, el crecimiento de la literatura y el simultáneo atraso de la crítica. Los jóvenes escritores trabajan a pesar de los reseñadores. En México la crítica es el arte de elogiar a los amigos o a aquellas personas de poder dentro de la cultura nacional y soslayar despectivamente a los miembros de otros grupos o a “enemigos”. A menudo hallamos este tipo de combates, como el arriba señalado, en particular entre los integrantes de los grupos literario–políticos que se concentraron en dos revistas: Vuelta (hoy desaparecida) y Nexos. La crítica, entonces, se emplea para tener poder literario, para imponer modas cursis o de plano para ofender y agredir con violencia. Recordemos que en la primera apareció el extenso artículo de Enrique Krauze, “El Guerrillero dandy”, donde Fuentes era por completo ironizado y aún descalificado como narrador e interlocutor válido de México con el exterior, poco antes de que Paz obtuviera el premio Nobel. Existen casos en que es manifiesta la influencia de más de setenta años de priísmo que al fin declina: el gran dedo señala y determina (toque mágico del rey Midas, piedra filosofal que transforma el oro en plomo o al revés) aparecen los novelistas, los poetas, los ensayistas. La cultura se realiza por designación. Tú eres gobernante–cuentista. El otro será literato–diputado. Y los que no pertenecen al grupo de genios son frecuentemente maltratados, de manera gratuita, calificados con toscos adjetivos y sin ningún análisis responsable.

En México parecemos contravenir las disposiciones naturales del desarrollo artístico: primero fue la crítica, luego la literatura. La crítica produce la literatura, la engendra. En todo el mundo la crítica poética –para utilizar el término clásico– es consistente. En México tiene pies de barro y es prehistórica. Baudelaire señalaba que un artista es ante todo un temperamento: toca a la crítica la tarea de hacer comprender ese temperamento. Sólo que ningún favor les harían nuestros imaginarios críticos a los escritores al intentar descifrar temperamentos artísticos. A su vez, Azorín decía que la crítica es una opinión personal: “No hay más que una crítica: examen, observación, asociación, disociación. Y el examen –laudatorio, condenatorio– puede revestir diversas tendencias.” Pero ¿cómo los supuestos críticos

locales van a emitir juicios basados en estudios rigurosos que exigen sólida preparación cultural? No emiten más que una serie de ideas inconexas resultado de una apresurada lectura cuyo fin no es edificar sino demoler.

Recuerdo bien que para Ortega y Gasset el asunto central de la crítica no es, desde luego, distribuir las obra en buenas y malas, sino explicar secamente sus valores. Lo que no recuerdo es un ejemplo mexicano que le diera la razón al pensador español. Me ha sido difícil hallar una crítica seria sobre la obra de Elena Garro; con sospechosa frecuencia es dejada de lado, no importa el éxito de sus ventas, su biografía cuenta con diversos pecados políticos que la intelectualidad nacional de tendencia progresista (que es la que determina el avance o retroceso de la cultura) no le perdona, del mismo modo que la izquierda latinoamericana nunca le perdonó a Borges el recibir alguna distinción de un dictador suramericano, concretamente Pinochet. Se llegó al extremo de escribir un libro (de Pedro Orgambide) que intentaba probar que su prosa también era reaccionaria, como lo era su pensamiento político. Quizá sean las palabras de Mario Benedetti las que mejor interpretaron los intentos conciliadores de dos épocas: una que concluía y otra que iniciaba: “No estoy proponiendo aquí, que tomando como base sus abyecciones políticas, proclamemos la invalidez de la obra de Borges. Semejante actitud sería de una estupidez irremediable. Creo, eso sí, que Borges tiene ya asegurados dos lugares de excepción: uno en la más exigente de las antologías literarias y otro (para usar su propia terminología) en la historia universal de la infamia. Siempre haré lo posible porque la segunda consideración no invalide la primera: pero también aportaré mi esfuerzo para que la primera no disculpe la segunda.”

Por experiencia propia, he notado que la crítica literaria en Estados Unidos, por ejemplo, proviene de la academia, de las universidades. Es decir, se ha preparado para ejercerla. T. S. Eliot explicó en *Sobre la poesía y los poetas* que los grandes críticos actuales son producto de las universidades, de las disciplinas académicas: “La mayor parte de la crítica realmente interesante es obra de hombres de letras que se han abierto camino en las universidades y de eruditos cuya actividad crítica se ha ejercido primero en las aulas.” ¿Qué podríamos responderle desde México a Eliot? ¿Que nuestros críticos son autodidactos en el peor de los sentidos y que pocas veces han pisado una universidad?

Para hacer el panorama más triste y oscuro –y en esto deberían reparar los escritores mexicanos en lugar de señalar, tal vez siguiendo a Faulkner y a Hemingway, que la ausencia de crítica no les importa, que escriben sin pensar en ella– debemos advertir que los propios narradores y poetas se han convertido en críticos, en ocasiones haciendo un esfuerzo para valorar la obra realizada por sus compañeros de oficio y en otras dejándose llevar por el sistema cultural nacional. Es cierto, como explicaba Baudelaire, que sólo en la crítica es el artista quien comprende a los artistas. También es cierto –siguiendo tesis de Martín Alonso– que “el crítico ha de tener sino facultades artísticas, por lo menos análogas a las artísticas; debe penetrar en la génesis de la obra y ponerse, hasta cierto punto, en la situación del autor analizado...” No obstante, vayamos a ejemplos más concretos: la crítica realizada por escritores pierde objetividad (a menudo es resultado de un encargo o compromiso amistoso), carece de los méritos axiológicos propios de la crítica bien entendida, la que cumple su función creadora, función que nos permite comprender la verdadera magnitud de la literatura.

En México, caso tras caso, la “crítica” muestra su impotencia, su incultura; pone ante los ojos atentos su miseria espiritual, sus intereses personales. Por otro lado, tratando el problema con más rigor, el papel del crítico literario es mucho más amplio de lo que a primera vista parece. ¿Quiénes otorgan un premio de novela, cuento o poesía? Pues novelistas, cuentistas y poetas. Se supone que debería ser misión especializada y sin embargo se ha visto que un banquero, un presidente de la sociedad de amigos del maíz, un actor, sean los críticos–sinodales para conceder un galardón en un concurso literario. El Instituto Nacional de Bellas Artes promueve alrededor de quince concursos literarios al año, algunos de jugosos premios. En todos, los integrantes del jurado son creadores, no críticos. En 1991, en el Premio Planeta de Novela, uno de los jurados era un patético locutor de televisión comercial, el otro, un poeta que había dejado de escribir y de leer veinte años antes. Lo recuerdo bien porque en medio de una confusión desconcertante fui finalista. Los premios, entonces, como las críticas literarias, en México, se otorgan por simpatía, porque ahora te toca a ti, porque es un buen amigo, y se niegan exactamente por razones inversas. Esto es, en ningún momento existe la mediación de un juicio crítico literario. Hemos

llegado a la aberración de predecir el triunfo de un poeta o un novelista tan sólo por la configuración del jurado.

Algo muy parecido sucede con las publicaciones. Cualquier editorial debe contar por necesidad con un cuerpo de críticos que la asesoren para publicar, que la orienten para saber con certeza cuáles autores y qué libros por sus cualidades deben ver la luz. Algunos editores se guían por sus gustos personales, por su olfato comercial; otros, más razonables, echan mano de escritores, no de críticos, de escritores amigos o que han publicado en casa. De ahí que el libro editado no sea siempre una obra valiosa y que en ocasiones una buena novela se quede en las gavetas por desconocerse su valor. La tarea editorial, pienso en empresas serias, debe ser una actividad respetable de gran responsabilidad cultural. Necesita de una selección rigurosa del material a publicarse, tanto en las traducciones que deben llevarse a efecto como en la selección de textos originales. Por ello el requisito indispensable es que el editor solicite dictámenes de verdaderos críticos y no de cualquier improvisado.

A riesgo de resultar obsesivo vuelvo a señalar que es obvia la carencia de críticos: normalmente una empresa editorial recurre a gente no preparada para decidir cuáles son los valores de un libro, que al fin y al cabo es una forma menor de la crítica y ello provoca un desajuste en un mecanismo delicado: por qué se rechaza una obra, por qué es aceptada, cuál es el criterio seguido para publicar una novela. Es comprensible que el editor tenga el mejor de los intereses, el más positivo, en imprimir todo aquello que sea bueno (pensemos sólo en términos de literatura): está dentro del negocio. Un mercader procura que los objetos que vende sean de buena manufactura; esto sí es inteligente y honrado. Pero en el caso del editor caben unas cuantas interrogantes finales: ¿se guiará por su olfato, seguirá a pie juntillas los dictados de un mercado informe que por ahora demanda ensayos de ciencias sociales más que otros géneros, recurrirá a los reseñadores, a los escritores? En suma, el trabajo editorial debe estar apoyado por críticos, pero ¿dónde están estos? Es posible que todavía no hayan nacido o apenas balbuceen sus primeras palabras. Creo que el pesimismo que utilicé en 1974 para escribir un primer trabajo sobre el tema, sigue siendo válido.

Por último, habrá que referirse, aunque sea de paso, a un punto crucial: el lector, ese extraño personaje en vías de extinción, cuya

información viene de reseñadores y comentaristas superficiales y mal preparados, por regla general metidos de contrabando en esos grandes tiranos semi ilustrados que son los diarios y revistas. Si no acaban de orientar al novelista y al poeta, al cuentista y al ensayista, ¿por qué habrían de hacerlo con el lector? Así las cosas, naufraga en un mar de pésimos libros y obrejas superficiales. Sin crítica literaria, queda a merced de las recomendaciones de volúmenes repletos de basura, que convierten en éxitos de librería a autores de precarios valores. Por desgracia, buena parte de la información de una persona común y corriente, proviene de la televisión comercial y no de los buenos libros analizados con rigor por un crítico especializado.

Considero, estoy plenamente seguro, que el verdadero crítico literario es una entidad de importancia colocada entre dos polos: el autor y el lector. Orienta a éste y al otro lo estimula positivamente. Al primero le hace saber la verdadera calidad de su obra, sus fallas, sus aciertos. Mientras que al segundo le explica los méritos de un libro, las razones por las cuales debe comprarlo.

Alrededor de 1975, para la edición de un libro publicado por el Fondo de Cultura Económica, El escritor y sus problemas, realicé una encuesta. Entrevisté, entre otros, a Tito Monterroso, Salvador Elizondo, José Agustín y Julieta Campos. Mucho antes, para un trabajo pedido por el poeta español Juan Rejano para el suplemento cultural del diario mexicano El Nacional, diversos escritores (Eduardo Lizalde, Alberto Dallal), Ricardo Garibay, Vicente Leñero, Fernando del Paso y algunos más), todos coincidieron en un punto: en México no parecía existir la crítica literaria, no ésa que analiza las obras conforme surgen, de modo sistemático y ordenado y que es fundamental para orientar y educar, para apreciar el valor de cada libro publicado. Tengo la impresión de que hoy, si tuviera necesidad de hacer otra encuesta al respecto, la situación se duplicaría. Hablo en función de mi experiencia como autor de novelas y cuentos y asimismo como editor de un suplemento cultural que vivió más de trece años, el recién desaparecido por causa de la implacable censura El Búho,

¿Cuál es entonces el futuro de la crítica literaria en México: seguirá en manos de los propios creadores o finalmente aparecerán aquellos que se encarguen de llevarla a cabo con rigor y seriedad? Salvador Elizondo me precisó en una respuesta sobre el tema: “La crítica es la más alta expresión de una cultura. La excelencia de la

crítica señala el momento en que la literatura, la creación literaria, artística en general, está a punto de declinar. Hay que pensar que en tiempos de Homero no había, como ahora en México lo señala el cuestionario, críticos literarios. Estoy seguro de que el advenimiento de los críticos llegará en un momento futuro.” De ser así, habrá que aceptar que nos faltan muchos años para realmente tener crítica literaria. El problema estriba en lo siguiente: en resignarnos a escribir sin que nadie nos diga el valor de lo escrito, simplemente en espera del milagro de tener lectores, lo que nos lleva a otra discusión: ¿aquellos que con el apoyo de la mercadotecnia y la publicidad hábil venden sus obras por miles serán acaso más valiosos que quienes apenas venden unos cientos? ¿Quiénes y por qué razones tendrán el derecho a permanecer dentro de la literatura nacional y probablemente en la internacional? Muchos autores, entre ellos Octavio Paz, han señalado que la buena literatura es para la minoría. Esto, vistos los grandes ejemplos históricos como Joyce, Proust, Eliot o Pound, es cierto, el gran arte es de elite, algo largamente probado, ni siquiera dentro de los países más cultos o en las utopías socialistas ha sido propiedad de todo el pueblo, a lo sumo la elite es mayor, logra crecer un tanto. Pero lo que hoy parece prevalecer es el dominio de las técnicas publicitarias y el intento del escritor –legítimo por otra parte– de llegar a miles de lectores. La masificación de un autor más parece obra de los medios de comunicación que de sus propios valores intrínsecos. Notables poetas, por ejemplo, se pierden y raras veces consiguen editor o que su obra amerite críticas y análisis en cadena, en un mundo que por ahora privilegia narradores y ensayistas, desde luego, muy por abajo de la figura de una luminaria cinematográfica y televisiva o de un deportista.

Nos queda, pues o hacer la obra sin que la crítica literaria intervenga o impulsar a que ésta surja de la vida académica o como resultado de una profesión en sí misma y primero vaya diseccionando las obras que ya antes nos han dicho que son pésimas o excelentes y más adelante que aborden la literatura conforme vaya apareciendo. De no ocurrir esto, se corre el riesgo de seguir ante el crecimiento y desarrollo de una literatura cuyos valores no acabamos de precisar. Una literatura que con frecuencia sea sofocada por el éxito de libros periodísticos de precarios méritos artísticos o de plano por obrejas despreciables.

LA CRITICA. Roberto Bravo, EL Buho Num. 125 Enero-2011.



La cultura mexicana, como ninguna otra, no ha llegado tan lejos para que los libros de sus mejores escritores estén en manos de todos. Nuestros escasos lectores están divididos en tantos estratos, como tipos de publicaciones se venden. Entre ellos, los lectores, y los libros median de dos tipos de crítica: Una crítica–valorativa-informativa practicada en la generalidad por escritores y periodistas, y otra valorativa-teórica-académica practicada por analistas universitarios, teóricos de la literatura que investigan desde sus cubículos o desde el aula universitaria. Aunque las dos están destinadas a los lectores, los de una y otra son completamente diferentes.

México tiene una infraestructura educativa grande, vigorosa, y excelente en su enseñanza. Sus sistemas medios y universitarios requieren de la crítica valorativa-teórico-académica y de su registro sistemático. Al otro, a quien llamaremos el lector común está dirigida la periodística, o que aparece en diarios y revistas no especializadas. La crítica especializada en cuento y en literatura en general es saludable, exhaustiva y se practica con seriedad, se difunde en el medio literario a nivel nacional e internacional. Destaca la serie Destino Arbitrario que dirige Alfredo Pavón para Universidad Autónoma de Tlaxcala, y quien desde hace más de veinticinco años ha realizado una labor infatigable investigando y promoviendo el género, en foros nacionales y extranjeros en todos los sentidos. Encabezó la organización de los encuentros para escritores y teóricos del cuento mexicano realizados por la Coordinación de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, donde año con año se dieron cita los cuentistas y sus investigadores y quienes amamos al género, esperamos vuelva pronto.

Por el lado de la crítica periodística diremos lo que sabemos todos: La prensa en México vive de lo que no se publica, esta verdad que aplicamos a la rotativa mundial también, es una realidad que ha permeado al periodismo literario pues éste no es la excepción. Aunque hay censura evidente en los diarios, la autocensura es la que ha dañado más la ya de por sí deteriorada producción de ficción. Las editoriales dan a la valoración periodística la categoría de publicidad, y como la publicidad oculta la verdad a los consumidores de los productos que anuncia, eso esperan los editores del estudio que el analista entregue al lector. Si el análisis es adverso al libro publicado, los autores suspenden al autor de su lista de escritores, y por esa razón los reseñistas y estudiosos se cuidan muy bien de decir la verdad. Esto a la larga es dañino para la producción editorial, porque aleja al lector de sus libros. Sólo un estúpido acepta ser engañado dos veces de la misma manera. Aunque a juzgar por los resultados habemos tantos idiotas como campañas se hacen en la prensa para desinformarnos o incidir en nuestro ánimo para aceptar o hacer lo que predicen los propagandistas. Los reseñistas y críticos ante la disyuntiva aparentan ser inteligentes y responden. –Sólo escribo de las obras que me gustan. Algunos han hecho suya la salida de Lezama Lima cuando no quería leer un autor: -Prefiero elogiarlo antes que leerlo.

¿Qué debe hacer la crítica además de guiar al lector a la compra o rechazo de un libro? Porque obviamente el análisis de una obra literaria le despertará curiosidad o distanciamiento.

Tomando en cuenta que quien hace la crítica es un escritor que asume como crítico o un crítico que se asume como escritor, tiene éste que representar el libro y reflexionar sobre él. La crítica pertenece al arte y se convierte en arte cuando se sumerge en la obra extraña y la reconstruye con su intelecto para hacer de una cosa otra. La crítica no debe juzgar la obra en base a un canon general sino que debe buscar su individualidad. Debe hacer una obra literaria de la obra literaria, y mostrar cómo a través de la obra de arte, el espíritu humano imprime su ley.

Al ejercer la crítica el teórico y el escritor se convierten en el objeto de su propia consideración y al reflexionar sobre el hecho literario se experimenta así mismo.

Aunque cada escritor tiene su propia estética para elaborar un cuento, no asume regla alguna durante el acto creador, el respeto a un canon establecido queda regalado como defensa a esta libertad. El teórico –crítico académico-, que ha estudiado las estructuras del cuento, describe cómo ha sido el género en el pasado y cómo es actualmente según lo escrito por los cuentistas.

¿Cómo es el cuento mexicano en la actualidad?

Lauro Zavala señala las siguientes características formales del nuevo cuento:

- a) Tono lúdico: extrañamiento de lo cotidiano a través de la fantasía, el humor, el absurdo y los juegos con el lenguaje;
- b) Brevedad extrema: tendencia a la escritura casi periodística y aforística, con una extensión que oscila entre las tres cuartillas y las tres líneas;
- c) Experimentación con los límites y las fronteras genéricas del cuento tradicional, ya sea en relación con otras formas de escritura (experimentación intergenérica) o al interior de la narración (experimentación intragenérica).

Para Russell M. Cluff, el cuento mexicano ofrece un cuerpo bien labrado, exento de adiposidades discursivas, ceñido a los principios de la economía y la concisión, la búsqueda del efecto único, el predominio de la situación sobre el personaje, el cuidado en el empleo del punto de vista, la focalización y la postergación de informaciones. Los cuentistas mexicanos acuden a todos los géneros y modalidades del género en una gama que va del neoindigenismo más realista-social, hasta la metaficción más autoconsciente, incluyendo el antilaconismo, el dramatismo intenso, la acción, el suspenso y las emociones humanas.

Yo, que solo puedo hablar desde mi experiencia de escritor, diré que en mis cuentos el personaje, no es el personaje sino la historia, y ésta reacciona en solitario o comunidad ante un eco, y cuando debe tomar una decisión, la posterga dejando esta posibilidad a la existencia que tarde o temprano pone en acción su mecanismo.

Atroz cincuentenario de Céline

José Luis Ontiveros

joseluis.ontiverosm@gmail.com

Lo sé, es una vergüenza, una verdadera pústula, un virus africano...Se ha cumplido mi cincuentenario y el gobierno francés se ha negado a celebrarlo...No cabe mayor ignominia en el gnomo de Sarkozy...Yo Céline que soy mucho más grande que el atildado Proust que sólo escribió sobre magdalenas crujientes y el olor del chocolate en tacitas chinas...que vivía en un cuarto acolchado para sus marranadas... que andaba buscando el tiempo perdido de sus depravaciones.... ¡morfinómano execrable!... ese infame insignificante, ese incansable pederasta, comprador de favores... anhelante de jóvenes briosos, mejor garañones, inútil flor de un día...

Y a mí, al innovador de la lengua francesa, al verdadero portento de la literatura gala, al insuperable, genial magistral, se me hace fuchi, muecas, señas obscenas...me ventosean, me crucifican, me flagelan. ¡Basta! soy Louis-Ferdinand Céline, quien nació en 1894 y murió en 1961, con una vida intensa, creativa, sacrificada, exigente... una maravilla, un ejemplo cívico, un virtuoso... ¡la conciencia moral de Francia!

Cierto, Marc Laudelot organizó Jornadas Celinianas en París... continúa con Le bulletin celinien...fiel, talentoso, brillante...Mas la basura de Sarkozy sólo piensa en secuestradoras, corruptelas, sacar a Kadafi del poder, en pitos y flautas...en perseguir musulmanes...sopla y sopla y nada...no lo redimen ni las curvas de su esposa...es un fracaso y está muy feo...los feos son peligrosos, lo sé bien, ¡siempre se vengán!...

Estoy harto, me he dado una vuelta desde mi residencia en la torre celestial...efectivamente...con clima, masajes, vino, y bailarinas...¡Oh, mis bailarinas tan queridas! Con su popo redondo, apetitoso... sus piernas largas, elásticas, torneadas...Subiéndolas en la barra...sosteniéndose... preciosas...magníficas...animales espléndidos... gustosas...

de fino olfato para ver al genio...al escritor...a Céline... a quién más... A Rabelais le falló la puntería...Zolá se embrolló con el sonido de las lavanderas...Le rendí culto es verdad, pronuncié su homenaje en 1933, cuando llegaba a Alemania ese tío del bigotillo...lo recuerdo aún...masas impresionantes, estandartes,..pasó lo que pasó...lo peor: no supo ganar... yo lo dije en la embajada nazi en París...deliré a satisfacción...el Ejército rojo avanzaba...lo denuncié...los boches creyeron que tenía fiebre, ingenuos. Al podrido de Sartre lo protegió la propaganda Staffel...

Por ello ¡haganme caso! lo señalé en Viaje al fin de la noche: “Os los digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empapados de sudor, se los advierto cuando los grandes de este mundo empiezan a amarnos es porque van a convertirnos en carne de cañón”...ya pasó en Dresde, donde los aliados derramaron toneladas de fósforo líquido...Está Irak, Afganistán, Palestina...qué falta...¡Ah sí! la revuelta árabe que va a barrer a los tiranos...a los saudíes, a los jeques gordos, a los adictos a los yanquis...y nada de democracia ni burgueses cantando la Marsellesa... ¡libertad islámica!...Voltaire ya se agotó...la Enciclopedia sirve para matar moscas...hay que leer el Corán, pazguatos y babositos...¡alértense! La cimitarra llega antes que los chinos, el filo del alfanje...nada... nada...les van a dar una paliza....

Ya me regreso, tierra ingrata...Francia escupida, vejada, sarnosa, arrastrada por los suelos...el bufón de Sarkozy gesticulante al servicio de Israel...Ahí viene Marine Le Pen... incontenible...Ya verán bribones y plutócratas...En México del que estuve cerca hay unos escritores que me siguen... están enfrascados en publicar Bagatelas para una masacre... Volveré para leerla... los demás, ya muévase, estorban...¡Y Céline ascendió al Cielo!



Se acabó el Presidente...



Faltan 570 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.



DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

CONSEJO EDITORIAL: Novo, Leduc, Tablada, Gómez de la Serna, Apuleyo, Juvenal, Celine, Bierce, Quevedo, Nikito Nipongo, Petronio y demás cuadernos...

COLABORADORES: René Avilés Fabila, Orlando Guillén, Francisco de la Parra de G., José Luis Ontiveros, Roberto López Moreno, Juan Cervera, Félix Luis Viera, Fernando Reyes, , Laszlo Moussong, Edgar Escobedo Quijano.